

La compleja realidad de la educación

Saldaña Guerrero, Rodrigo

1993

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/4477>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

LA COMPLEJA REALIDAD DE LA EDUCACIÓN

RODRIGO SALDAÑA GUERRERO*

Al hablar de la educación nos viene irresistiblemente a la mente la frase de San Agustín con respecto al tiempo: "si nadie me pregunta sé que es, si me lo preguntan no lo sé". En otras palabras, se trata de una de esas realidades de las que todos tenemos un conocimiento intuitivo y difícil de conceptualizar. Vamos a desarrollar aquí la concepción de lo que nos parece son sus tres funciones esenciales, a sabiendas de que algunos (que tal vez no ofrecerán una alternativa mejor) la encontrarán innecesariamente complicada. Pero la educación es en realidad más compleja de lo que parece, y precisamente por tratar de simplificarla demasiado es por lo que a veces no se comprende todo lo que ella implica y por qué no cumple a veces con su vital misión. Esas tres funciones son: a) la de *transmitir la herencia de las generaciones pasadas*, b) la de *ayudar al educando a desarrollar integralmente su potencial* (con la libre cooperación del mismo educando) y c) la de *preparar al educando para desempeñar eficazmente los diversos papeles* que probablemente le correspondan. Aunque las tres funciones son esenciales, creemos que por el momento merece especial atención la segunda, y es por haberse descuidado su papel central por lo que han surgido muchos problemas en este campo.

Otro punto que conviene subrayar es que, en última instancia, el agente de la educación es la sociedad entera, por lo que si se le trata de confiar a un solo sector de la sociedad el fracaso estará asegurado. En cada una de las tres funciones la cooperación de todos los sectores es indispensable.

* Catedrático de la UIA-Golfo Centro.

La Transmisión de la Herencia Cultural

Fácilmente se comprende la importancia de esta función. La cultura es una visión del mundo que se forma y se transmite socialmente, y la educación es el vehículo de esa transmisión. Sin esa visión o sin esa transmisión, el ser humano se vería mutilado, despojado de una dimensión fundamental de su naturaleza y obligado a comenzar permanentemente el despliegue de su capacidad. Cada uno moriría antes de tener la primera idea importante, de hacer la primera obra de arte, de dar el primer paso en la organización y en la humanización de su ambiente social y físico. Es la cultura la que hace posible todos esos avances; como toda la creación, debemos verla primero como una fuente de poder para la realización de los legítimos fines de la acción humana y sólo en segundo lugar como una limitación; es un camino que nos permite llegar a algunos lugares y que (naturalmente) no nos lleva a todas partes. Ni la formación de la cultura ni su transmisión son hechas por la naturaleza; ésta nos da la capacidad para realizarlas, no el producto ya terminado. Hay, además, un desfase entre los fines más inmediatos y los resultados más tangibles de nuestra acción y sus últimas consecuencias. Trabajamos para satisfacer necesidades inmediatas, pero nuestra actividad tiene repercusiones más amplias, que son nuestro privilegio y nuestra responsabilidad. Damos forma a nuestro entorno, comenzando por el más inmediato pero con alcances que generalmente ni siquiera soñamos, aunque también sean mucho más modestos de lo que otros ambicionan. Resolvemos un problema inmediato, pero también vamos formando nuestra cultura y, al mismo tiempo, humanizando (o deshumanizando) nuestro mundo. Pero, naturalmente, debemos comenzar por hacernos más humanos a nosotros mismos, y en este aspecto la transmisión de la cultura desempeña un papel fundamental.

A ese respecto tenemos que preguntarnos si la sociedad occidental en general y la mexicana en particular están cumpliendo con esta función. Nuestra opinión es que la respuesta es negativa en ambos casos. De momento hay un desgaste en nuestra civilización que hace que se pierda bastante más de nuestra herencia cultural de lo que se gana con las nuevas aportaciones; nuestra cultura se hace más superficial, menos densa, más pobre.

El Desarrollo del Potencial del Educando

Se ha comentado a menudo que *educar* significa etimológicamente hacer producir; es decir, la educación no debe tratar de imponer desde fuera, sino ayudar al educando a realizar el desarrollo de su potencial interno, apoyarlo para que pueda consolidar y desarrollar su personalidad. Sin embargo, uno

de los errores más frecuentes de los educadores es precisamente el de optar por la imposición... tentación muy humana, por lo demás. Lo extraño es que al paso de los años, cuando las consecuencias negativas de esta tendencia se van haciendo notar, los educadores no renuncian a ella, sino que se esfuerzan por cubrir su error negando la realidad con la que chocan a cada momento. Con demasiada frecuencia en nuestro medio, por ejemplo, todavía no se le presta la debida atención a la cuestión de la *vocación*. No se reconoce, por tanto, que no todos tenemos los mismos talentos, se pretende que cualquier persona haga cualquier trabajo... y hay quienes se sorprenden cuando esta pretensión no funciona. También se pretende, sin una base clara, que todo estudiante de los niveles elemental y medio debe estudiar todas las materias; por ejemplo, que todos deben saber dibujar, todos deben aprender inglés, todos deben saber matemáticas, todos deben conocer de literatura... y, lo que es más, que todos deben aprender esas materias siguiendo el mismo programa, con los mismos métodos y al mismo ritmo. Esto nos lleva a lo que es tal vez el mayor problema creado por el error que comentamos. Se supone que los estudiantes aprendieron lo marcado por el programa, y que por consiguiente están preparados para aprender lo que sigue, tanto si esto es cierto como si no lo es. Se ha convertido por tanto a la educación, en gran parte, en una ficción, que supone adquiridos valores, ideas, habilidades y conocimientos de los que en realidad carecen los educandos.

La Preparación para el Futuro

Toda persona debe desempeñar una variedad de papeles en la vida. Para que se los pueda realizar con alguna esperanza de éxito, estos papeles deben corresponder por una parte al potencial del educando, del que ya hemos hablado, y por la otra a las circunstancias en las que se los debe desempeñar. Podemos decir que, en general, las escuelas de nuestro tiempo tienen mucho en cuenta esta última necesidad, lo que no quiere decir, desde luego, que cumplan con ella. En la práctica, por ejemplo, existen una cultura académica y un sistema burocrático que no son transformados automáticamente aunque se tomen, al parecer, las decisiones apropiadas. Hay escuelas que se enorgullecen de los avances realizados en la "política de la escuela" y que descubren repentinamente, avergonzados, que ésta es una abstracción que no se cumple en el aula. Los profesores deciden seguir haciendo las cosas como siempre, bajo un leve disfraz de cambios en el sistema educativo. O bien el sistema burocrático parece estar dispuesto a hacer lo que sea para responder al desafío del futuro, pero por debajo de esa disposición encontramos ciertos tabúes que permanecen intocables. Y, naturalmente,

cultura y sistema docentes se fundan sobre una cultura y un sistema más generales que tampoco cambian con la flexibilidad que aparentan.

Paradojas del "progreso": nuestra sociedad está cambiando a un ritmo vertiginoso, que muchos no podemos seguir; el resultado es, en gran parte, una imposibilidad de instrumentar los cambios oficiales de los que tanto se enorgullece nuestra época. Cambiamos, naturalmente, y lo hacemos a un paso mareante, pero no en el sentido o con los resultados que pretendemos. De lo dicho anteriormente podemos deducir una explicación de tan extraña situación: para cumplir con esta tercera función de la educación, preparar a las nuevas generaciones para el futuro, es indispensable cumplir también con las otras dos. La cultura ya existente es el soporte imprescindible sobre el que se construye el futuro, y esta construcción solamente será efectiva en la medida en la que se realice siguiendo el potencial real de los educandos.

Finalmente, reflexionemos un poco sobre la evolución reciente de nuestra cultura. Tal vez la transformación de la sociedad produzca siempre una cierta confusión, algo de agotamiento. En todo caso, la nuestra ha sufrido un cambio demasiado apresurado, que no ha sido capaz de asimilar. La idea misma de que un cambio pueda ser excesivamente veloz suena extraña a los oídos contemporáneos, y esta extrañeza es en sí misma un síntoma. El resultado de este ritmo demasiado acelerado de crecimiento es una cierta artificialidad. La observamos en la economía, cuando la única forma de mantenerla en marcha es comprar más de lo que se puede uno permitir, de lo que realmente necesita y hasta de lo que verdaderamente se desea, remendada constantemente en lugar de ser reparada a fondo y que, sobre todo, no cumple con su función, pues cada vez hay más gente que padece pobreza extrema. La percibimos en la política, reducida para muchos a breves mensajes televisivos, a frases desconectadas, a visiones superficiales en las que se quiere creer a toda costa y cada vez más alejada de su auténtico fin, del bien común. La vemos en juegos que ya no son tales, sino espectáculos y negocios, brillo falso que empobrece a la vida humana en lugar de enriquecerla. La encontramos en las relaciones interpersonales, debilitadas y deformadas, que dejan al perplejo ser humano de nuestro tiempo solo en medio de la masa y del ruido. Sobre todo, vemos que a un gran número de personas la cultura ya no las ayuda a entenderse a sí mismas ni al mundo, que no le encuentran sentido a su vida o (lo que es aún peor) creen hallarlo en crueles y grotescas visiones de lo humano.

En otras palabras, nuestra civilización está fracasando en algunos aspectos fundamentales. No está transmitiendo adecuadamente la herencia cultural de sus generaciones anteriores, mucho menos aprovechando las de las otras culturas, lo que aparentemente podría hacer con facilidad. No está formando integralmente a la juventud, apoyándola para que desarrolle al máximo su

potencial. Por el contrario, la juventud está en gran parte hundida en un océano de confusiones, tanto más graves cuando mayores son los recursos técnicos y materiales de los que aparentemente dispone. Y, tal vez en gran medida por lo anterior, y a pesar de su obsesión por el progreso, no está preparando a la juventud para hacer frente a los desafíos que surgen en la actualidad. En otras palabras, no se está cumpliendo con las funciones de la educación; en lugar de estar aportando algo a la solución de los angustiosos problemas reseñados, la educación se ha convertido en parte del problema. Y esto no deja de ser lógico, si se lo considera debidamente.

La sociedad está basada en el vínculo natural de solidaridad que une a todos los seres humanos, pero también en la complementariedad que exige el respeto a la dignidad de cada persona y al ejercicio legítimo de su libertad. De esta dualidad de principios nace la necesidad de la colaboración libre y responsable entre todas las personas y todos los tipos de grupos sociales. No solamente se requiere esa colaboración para la realización del bien común, sino que ningún sector de la sociedad puede cumplir apropiadamente con su función sin las aportaciones de los otros. Otra manera de enfocar el mismo problema es considerar a todos los grupos como una expresión de la sociedad, por lo que si ésta está enferma no pueden aquéllos estar sanos. Las escuelas no pueden, en general, tener claridad intelectual y fuerza moral cuando éstas faltan en la sociedad. Maestros y estudiantes son parte de otros grupos sociales, y no puede la escuela sustraerse a la acción, tanto formativa como deformante, de aquéllos. Insistimos por consiguiente en lo que decíamos al principio: la principal educadora es la sociedad misma. Desequilibrada ésta por un cambio demasiado acelerado para que lo asimile, debe restaurarse a sí misma para que puedan ser cumplidas sus funciones y las de sus partes, entre las cuales figura, destacadamente, la escuela en todas sus formas.